



Ángel Ma de Lera Se vende un hombre

**Los sufrimientos
y angustias de
los vencidos
en la guerra civil
española.**



En las postrimerias de la Guerra Civil Española, Enrique, nuestro protagonista, presencia junto con su madre el fusilamiento de su padre, a manos del ejercito sublevado del Bando Nacional... El delito: ser maestro de escuela. A partir de entonces Enrique y su Madre se ven obligados a emigrar a Madrid donde intentan refugiarse de la barbarie y la sinrazón de la contienda. Huérfano de padre, Enrique tendrá que crecer en el ambiente de los perdedores, de los humillados, peleando y agudizando el ingenio para no llevar una vida miserable y donde en más de una ocasión deberá venderse y tragarse sus principios para salir adelante en la difícil e injusta España de la posguerra.

Todo pasa y todo queda; pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar.

Antonio Machado.

I

SIENTO QUE EL BARBERO me pasa el sucio paño por los labios para limpiarme el jabón. Frente a mí está el pequeño espejo y me quedo mirando mi rostro en él como si lo descubriese ahora. Quizá nunca me he mirado a mí mismo tan intensamente. Nunca tal vez. Me encuentro más delgado. Los pómulos y la mandíbula se señalan más agudamente bajo la piel estirada. Percibo algunas arrugas más en torno a los ojos y a las comisuras de los labios. Y descubro dos pelos blancos, uno en cada ceja, y que las sienes empiezan a grisear y que mi color es más pálido. ¿Y mis ojos? Nunca he sabido bien de qué color son, porque cambian con la luz y el pensamiento. En este instante brillan mucho y me parecen grises. Sobre mis ojos me dijo una mujer:

—Siempre son distintos. Unos, por la mañana, limpios y alegres, casi incoloros; otros, por la tarde, metálicos y agresivos; y, por la noche, más oscuros, más suaves y calientes.

Puede que sólo sean apreciaciones de mujer. Las mujeres, ya se sabe, no comprenden lo que pasa en la cabeza de un hombre más que cuando las acosamos para el amor. Fuera de esas ocasiones, los hombres somos para ellas unos seres extraños y temibles. Por eso fingen tanto y nos engañan. Saben que enfrentarse con el hombre es peligroso e inútil, y le envuelven, le asedian, le adulan y, al final, le dominan. Conocen nuestra arrogancia vacía y la inseguridad de nuestro valor, producto del miedo íntimo, y esperan

el primer desfallecimiento para apoderarse de nosotros. Así se explica que los hombres empiecen a perderse en la cama de una mujer. Yo he pensado mucho en esto y he llegado a la conclusión de que nosotros soñamos siempre y ellas nunca, aunque nos hagan creer que sueñan nuestros propios sueños. Y, pobres de nosotros, cuando despertamos, entre sueño y sueño, nos encontramos como el viajero al que han desvalijado en el camino.

Pero dejemos eso ahora, que sería muy largo de contar, y vayamos a lo que es. Tengo cuarenta años cumplidos. Dicen que es ésta la mejor edad del hombre. La madurez. El mediodía. Cuando la vida ha cuajado en uno como el azúcar en el melocotón y en la uva. Eso dicen. Ya veremos. El caso es que tengo cuarenta años y que hoy es un día grande para mí. Sí, un día grande. Sin embargo, no me siento alegre, y es porque he tenido un mal sueño. Me ocurre muy a menudo que un mal sueño me avise de que algo malo me va a suceder. A veces, sólo recuerdo algunos retazos de lo soñado. Son como guedejas de niebla que no logro luego unir. Otras veces, en cambio, consigo reconstruirlo fielmente, como una película recién vista. En todo caso, me despierto con una angustia y un desasosiego que me duran todo el día, en espera de esa desgracia que me anuncian. Es como un mal sabor de boca que uno no sabe a qué atribuir. Y la desgracia llega, pequeña o grande, inexorablemente: la disputa con un amigo, una petición denegada, la cita inútil, la carta desabrida, la sanción inesperada, la ausencia imprevista, la muerte o la desaparición de un ser querido o la catástrofe que cae del cielo como una tormenta.

El mal sueño que he tenido esta noche lo recuerdo perfectamente, porque es una vieja historia que yace agazapada en mi memoria y que, de cuando en cuando, se apodera de mi imaginación mientras duermo. Siempre igual, siempre repetida hasta en sus más mínimos detalles, y que

me turba cada vez como si no la conociese de antemano desde el principio al fin.

Es de noche, una noche especialmente calurosa, casi asfixiante. Duermo en la misma habitación con mi hermana Rosa, más pequeña que yo, aunque sólo tengo seis años. De pronto, me despiertan unas voces de hombre y el llanto de mi madre. Doy un brinco en la cama y me pongo a escuchar. Pregunta mi padre:

—¿Adónde me llevan?

—Luego lo sabrás —le responde una voz, que insiste brutalmente—. Y no andes cogiendo ropa, porque no te va a hacer falta. Vamos a acabar muy pronto, ya lo verás.

—No vayas —dice mi madre entre sollozos—. Van a matarte.

—¿A matarme? No, mujer. Yo no he hecho nada para que me maten. Yo no he hecho otra cosa en mi vida que trabajar. Eso tú lo sabes muy bien. Y no creo que el trabajar sea delito.

—Menos plática y vamos —ordena otra voz secamente.

Mi madre grita.

—Calle o...

Sigue un silencio en el que no se oyen más que unos sollozos ahogados. Luego, un portazo, y, finalmente, el lloro convulsivo de mi madre. Yo siento miedo y me tapo la cabeza con la sábana. Tiemblo y sudo y, sin saber por qué, lloro también. Quiero dormirme y no puedo. Abro los ojos y escucho. Por la ventana abierta entra la plutiluz de la noche que se filtra por la sábana y me asusta. El Uaiito ha callado y empiezo a pensar en mi padre. Él es fuerte, seguro, tranquilo. Anda y habla pausadamente. Nunca se enfada ni

grita, y hasta cuando reprende a los chicos siempre sonrío al final, y los chicos le respetan y la gente dice que es el mejor maestro que ha habido en el lugar. Pensando en él se me pasa el susto poco a poco y empiezo a sentir sueño en los párpados, que me pesan, pero cuando ya estoy para caer, me zarandea mi madre, me sisea y me dice:

—Calla, que no se despierte tu hermana.

Me levanta, recoge mi ropa y me lleva a su dormitorio y allí me viste apresuradamente.

—¿Dónde está papá? —le pregunto.

Tiene los ojos hinchados y me contesta sin mirarme:

—Se ha ido con unos señores y ahora vamos nosotros en su busca.

Acaba de vestirme y salimos a la calle. Sólo al final de ella hay una luz muy pobre y muy triste. Todas las puertas y ventanas de las casas están cerradas y oscuras. Sólo se oyen nuestros pasos que estremecen el silencio gelatinoso de la noche. Las sombras se nos echan encima y nos envuelven. Únicamente en lo alto, en el mudo y lejano cielo, espejea el claror de las estrellas.

Mi madre, que me lleva de la mano, se detiene ante una puerta. Busca a tientas la aldaba y la deja caer, sonando a hueco, lúgubrememente, en el interior del portal. Esperamos y, como nadie responde, mi madre repite el aldabonazo. Tras una pausa, oímos el chirriar de una ventana, encima de nosotros, y, después, una voz amedrentada:

—¿Quién llama?

—Soy yo, la maestra —contesta mi madre.

—¿Y qué quiere a estas horas?

Nos apartamos de la puerta y vemos asomadas las cabezas de un hombre y de una mujer,

muy juntas.

—Señor Lucio —dice mi madre—, que se han llevado a mi marido.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar el hombre, y añade—: ¿Qué ha hecho?

—Por nada. No ha hecho nada. Usted le conoce.

El rostro de la mujer se adelanta para decir agriamente:

—Ahora nadie conoce a nadie, doña Rosario. ¿Por qué ha llamado a nuestra puerta?

—Somos forasteros y ustedes han sido siempre nuestros mejores amigos.

—Lo siento —dice el hombre.

—Olvídenos —dice la mujer—. Y búsquese otros amigos.

Desaparecen del negro recuadro los rostros pálidos del hombre y de la mujer y se cierra la ventana. Y otra vez nos quedamos solos en medio de la calle.

—¡Cobardes! ¡Desagradecidos! Ya no se acuerdan de cuando venían a pedir consejos y favores a tu padre.

Mi madre muerde las palabras al tiempo que tira de mi cuerpo. Al arrimo de las sombras llegamos así hasta los soportales de la plaza, en el instante en que arranca un camión desde la puerta del Ayuntamiento. Un camión entoldado y oscuro que apareció en el pueblo hace un par de días. Las ventanas del Ayuntamiento están abiertas e iluminadas y vemos figuras de hombres que las cruzan en una y otra dirección. Mi madre se apoya en una de las pilastras. Yo no sé qué es lo que ocurre, pero al oír su llanto silencioso, me abrazo a su cuerpo temblando de miedo. Ella me pone una mano en la mejilla y me

aprieta fuertemente contra sí. Y lloro yo también. Lloro hasta que mi madre se inclina sobre mí y me limpia las lágrimas con su pañuelo. Después, parece que duda. Sólo son unos momentos de vacilación. Vuelve a tomarme de la mano y echamos a andar bajo los soportales. Abandonamos la plaza y seguimos por una calle que desemboca en la carretera, por el mismo rumbo del camión. También esta calle aparece silenciosa y vacía, con las puertas y ventanas cerradas y sin rendijas de luz. Nos deslizamos silenciosamente junto a las paredes, donde las sombras son más espesas. De cuando en cuando nos ladra un perro desde un portal, al que contestan otros, prendiéndose por los contornos del pueblo un triqui-traque de ladridos que crece y disminuye en ráfagas intermitentes.

Al llegar a la carretera me siento mejor. Corre algún aire en oleadas perezosas. Las sombras se esclarecen, traspasadas por la argentería estelar. Huele a campo, a parva abierta, a nocturno veraniego. Y el silencio no es tan desacompañado, sino rumoroso, por el abaniqueo de las hojas y el temblor de los matojos.

Marchamos por la linde, siguiendo la ringlera de los robustos troncos de los álamos cuyas hojas se platean con el reverbero. De pronto, sueñan unos disparos en la cercanía. Unos disparos rotundos que galopan como truenos por la llanada. Unos disparos que clavan en mi brazo las uñas de mi madre. ¿Cuántos han sido? No lo sé. De un golpe, se me han salido de cuenta. Pero nos detenemos para alentar, porque nos han quitado el respiro. Sigue una pausa, como si fuera a estallar un grito, pero lo que se oye después es el runruneo de un motor en marcha. Entonces

mi madre me empuja y me arrastra hasta detrás del ribazo, y nos echamos al suelo. La espera es breve. El camión entoldado viene hacia nosotros acuchillando la noche e incendiando fugazmente los árboles con sus faros encendidos. Pasa ante nosotros haciéndonos temblar y contener el aliento. Cuando se encuentra ya en la boca de la calle, abandonamos el escondite y reanudamos la marcha, a toda prisa, por el centro de la carretera de grava, cuyo polvo removido nos hace parpadear.

Es un paseo extraño el nuestro, carretera adelante, sin saber adónde nos dirigimos, entre fantasmas silenciosos que quieren abrazarnos, pero que nos dejan el paso libre. Mi mano se encoge dentro de la de mi madre, sudosa y fría. Oigo su aliento entrecortado, jadeante, y siento su voluntad correr por mi cuerpo como cuando me entró aquella culebrina al cortar el cordón de la luz con una tijera. Ese hormigueo no me hace daño ahora, pero me da mucho calor, como si hubiera bebido vino. Y tengo que abrir los ojos todo lo que puedo y mirar a mi madre para saber que no estoy soñando.

Nos paramos ante una era, sobre cuyo albero se destacan las figuras borrosas de cinco hombres tendidos. Rápidamente, mi madre suelta mi mano y corre en dirección a ellos y, cuando llega donde están, se detiene, indecisa, y, después, se arrodilla al lado del que ocupa el centro del grupo y desde allí me hace una seña para que me acerque. Obedezco, amedrentado, y oigo que me dice:

—Han matado a tu padre, corazón.

Pero ya no llora. Delicadamente, le cubre el rostro con su pañuelo y le coloca las manos so-

bre la ensangrentada camisa blanca. Luego, le besa la frente y me invita a mí a hacer lo mismo y yo advierto que todavía está caliente, como si viviera, y quedo de rodillas junto a mi madre en silencio, atónito, mientras ella clama:

—¿Por qué, Dios mío?

Nadie responde. Pero un creciente rumor entre las hacinas me hace volver la cabeza, y entonces veo unas sombras de mujeres asustadizas que avanzan con cautela y miedo hacia nosotros e, instintivamente, me agarro a mi madre. Ella permanece inmóvil, como insensible.

Por fin, el grupo de mujeres se hace un coro de llantos y gemidos. Se echan sobre los cadáveres. Besan, lloran, gritan, rezan. Y entonces la noche se hace más oscura a mi alrededor y me parece que me empujan hacia un abismo sin fondo y que empiezo a caer, a caer...

Así termina siempre el sueño: cuando me derrumbo entre tinieblas. Ni un detalle más. Mi madre nunca quiso hablarme de ello, por más que se lo pidiera, esquivándose siempre tras las mismas palabras:

—No quiero que críes más hieles por mi culpa, hijo mío.

Mis recuerdos, a partir de la muerte de mi padre, se fragmentan. Son retazos sueltos a través de los oscuros años de mi infancia y de mi adolescencia. Yo diría que son trozos de una película que alguien cortó caprichosamente y que no casan entre sí.

Un día nos hicieron abandonar la casa que habitábamos y fuimos a vivir a un horno abandonado y medio derruido, situado en las afueras del pueblo. Veo por aquella época a mi madre trabajando día y noche en la confección de prendas para los soldados y veo a mi hermana Rosa acostada en una artesa que le servía de cama. La pobre chiquilla se fue muriendo poco a poco de pupas y diarreas, y una mañana

se la llevaron en una caja de tablas sin pintar. Mi madre lloraba mientras sacudía las moscas de su boca, de su nariz y de sus párpados. Nos quedamos solos mi madre y yo, siempre juntos cuando ella estaba en casa, porque los demás muchachos huían de mí como de la peste y no me dejaban participar en sus juegos.

De aquí salta la película a la estación de Atocha, en Madrid, adonde llegamos mi madre y yo un anochecer de invierno. Había mucha gente que iba de un lado para otro, con apresuramiento, dando empujones. Entonces fue cuando por primera vez vi acercarse un hombre a mi madre y hablarle al oído. Mi madre se sobresaltó al pronto, pero se rehízo en seguida y se apartó bruscamente de él sin contestarle. El hombre no se dio por vencido y nos siguió unos pasos mientras murmuraba:

—No sabes lo que me gustaría despeinarte, morena.

Al fin desistió y yo pregunté a mi madre:

—¿Qué quería ese hombre?

—Calla, hijo —me contestó—, tú no puedes entender esas cosas.

Hasta ese momento, mi madre había sido para mí un ser completamente distinto a los demás: ni vieja ni joven, ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea. Sólo era mi madre, es decir, una sombra a veces y, a veces, una luz resplandeciente a mi alrededor; un olor agradable y un aire tibio; una voz que me quitaba el miedo y unas manos que me derretían. Si cerraba los ojos, no podía recordar cómo era. Desconocía el color de sus ojos y la forma de su nariz, de su boca... Sin embargo, resultaba para mí inconfundible, única. Sin necesidad de verla u oírla, yo sabía si estaba o no en casa, si se encontraba lejos o si se me acercaba, de la misma manera que uno siente si es de noche o de día, si hace frío o calor. Pero el incidente con aquel hombre desconocido fue para mí una llamada de atención hacia ella. Me hizo descubrir su figura y compararla con las de otras mujeres. Y me pareció más bien alta, esbelta, y que se movía con mucho donaire,

a pesar de que llevaba un hato de ropa en cada mano. Vestía de luto y se recogía el cabello, muy oscuro, en un gran moño sobre la nuca, dejando al aire las orejas, pequeñas, de las que pendían unos abalorios negros. Andaba sin mirar a nadie, abriéndose paso por entre el gentío con uno de los bultos. Yo iba a su lado o detrás, alternativamente, según se abría o cerraba la multitud a nuestro alrededor, cargado con un zurrón en el que guardábamos algunos comestibles y la botella del agua.

—¡Madre!

—¿Qué quieres? —y se volvió a mirarme.

Tuve que inventar rápidamente un pretexto y le pregunté:

—¿Falta mucho?

Porque lo que yo quería era verle la cara, y se la vi por primera vez aquella noche. Era el suyo el rostro de una mujer joven, de grandes ojos pardos, de pequeña nariz, labios carnosos, fino cuello y pálida tez. Yo no supe entonces apreciar hasta qué punto era hermosa, pero me sentí deslumbrado y empequeñecido. Ella debió notar algo extraño en mi expresión, porque me dijo:

—¿Te sientes cansado o es que te asusta ver tanta gente? —y, sonriéndome con sus ojos y sus labios, añadió—: Un poquito más y llegamos. Creo que la casa de tu tío cae muy cerca de la estación.

La seguí en silencio. Traspasamos el gran vestíbulo y, poco después, nos encontramos en plena plaza de Atocha. El frío me hizo encogerme dentro de mi chaquetilla. Mi madre, en cambio, no pareció sentirlo y eso que no llevaba más prenda que un jersey. Se nos echó encima un ruido tremendo de automóviles y tranvías y nos vimos rodeados otra vez de gente apresurada y de rostros desconocidos. Las calles se perdían a lo lejos, sin fin, y sentí un olor nuevo, desagradable, que me revolvió el estómago. Me habían dicho que Madrid era una ciudad muy bonita y muy alegre, siempre de fiesta, donde todo el mundo vivía muy bien y se

divertía mucho, pero la primera impresión que de ella recibí fue todo lo contrario a lo que yo imaginara. Madrid me pareció un pueblo muy triste, ruidoso, destartalado y, sobre todo, ajeno, impenetrable. ¿Qué íbamos a hacer allí mi madre y yo?

Al pasar por delante de una taberna, claro que más grande y mejor que las del pueblo, un hombre gordo, allí parado, dijo a mi madre:

—Oiga, buena moza, ¿tiene usted prisa?

Mi madre continuó andando como si no le hubiera oído, pero el hombre empezó a seguirnos y yo a temblar.

—Espera, que no te voy a comer. Bueno, si me dejas...

Habíamos llegado a una esquina y mi madre se paró en seco y, dando cara al tío, le dijo:

—¿Quiere usted dejarme en paz de una vez? ¿No ve que se ha equivocado?

El hombre dejó correr una sonrisa insultante por sus labios oscuros y luego habló en un tono que me hizo mucho daño:

—Pero, chata, si vas declarando el estado de guerra...

Yo hubiera querido ser entonces tan grande como el tipo aquel para abofetearlo, para matarlo, pero no pude hacer otra cosa que interponerme entre él y mi madre, mirar su cara en silencio, porque me temblaban las mandíbulas, y echarme a llorar. El hombre, sorprendido por mi actitud, quedó al pronto desconcertado, sin saber qué decir ni hacer, y mi madre aprovechó su momentánea vacilación para tirar de mí y continuar nuestro camino. Vi vendedoras ambulantes que extraían de la faltriquera o de entre las sayas piezas de pan y otros objetos misteriosos, mujeres que reían al paso de los hombres, parejas abrazadas en las sombras y tropeles de gente al asalto de los tranvías, pero ya no nos ocurrió nada, ni cuando mi madre tuvo que preguntar por dos o tres veces la calle y el número que buscábamos, hasta que nos salió al paso el portero de la casa de mi

tío Andrés. Era un viejo enjuto y calvo, con cara de mal humor.

—¿A qué piso van? —nos preguntó.

Mi madre le contestó que veníamos a casa de don Andrés Lorca, cuñado suyo y tío camal mío. Lo dijo con su voz dulce y pausada, humildemente, pero el portero hizo un gesto de contrariedad.

—Pues llegan tarde.

—¿Tarde? Pero si aún no es la hora de la cena...

El portero miró fijamente a mi madre y, moviendo la cabeza, dijo, en un tono menos áspero:

—Lo siento, pero don Andrés ya no vive aquí.

—¿Es que ha mudado de casa? —insistió ella.

El viejo parecía dudar, como si le fuera difícil y molesto darnos la noticia.

—Verá, señora... A don Andrés, como era muy de derechas, y eso usted ya lo sabrá, se lo llevaron una noche, a poco de empezar la guerra. ¿Sabe usted lo que quiero decir?

—¡Dios mío!

Mi madre soltó los bultos de ropa y se apoyó en la pared para no caer desvanecida. Todos sus planes, urdidos durante los insomnios de los últimos meses, quedaban, de pronto, desbaratados.

El portero seguía diciendo:

—Su señora y sus hijos abandonaron la casa pocos días después. Se fueron sin decir nada, como si salieran a un recado, y no he vuelto a saber nada de esa familia.

Pero mi madre no le escuchaba. Había cerrado los ojos y palidecido intensamente.

—Tenemos que salir de aquí, hijo mío. Este pueblo es un pozo y no quiero que tú seas víctima de sus odios y malos quereres. Además, el trabajo escasea y ya no podremos resistir mucho tiempo. He pensado que la mejor solución es